

PAN Y AGUA

Cuando encontramos el mendrugo de pan, era ya tarde. El sol se ponía sobre las tiendas y teníamos prisa por llegar al campamento. Por una parte, para evitar la bronca de nuestras madres y por otra porque no era conveniente que unos niños anduviésemos solos por ahí de noche. De día era distinto, los occidentales llegaban con comida y medicinas en sus camiones blancos. Era nuestro primer gran momento del día, jugando entre las colas de gente alguien sacaba un balón, montábamos un partido e inevitablemente le pegábamos un pelotazo a un mayor. Nos reñían, nos maldecían y hasta nos quitaban el balón. Pero no importaba porque una vez cogidos los paquetes de comida y medicamentos, nuestras madres volvían a las tiendas y nosotros teníamos el resto del día para jugar. Nuestras excursiones nos llevaban cada vez más lejos. Teníamos que aprovechar porque decían que iban a poner una tienda grande como escuela y que pronto vendrían profesores y que se acabaría eso de estar todo el día vagando por ahí sin hacer nada. Nuestras madres estaban contentas con eso de la escuela.

Aquella tarde, la del mendrugo de pan, veníamos con prisa. Nos habíamos peleado primero a insultos y luego a pedradas con otro grupo de chicos del campamento. El objetivo lo valía, ver atardecer en lo alto del muro de la presa era nuestro segundo gran momento del día y no podíamos permitir que nadie nos lo quitase. La presa estaba en construcción y el muro era más alto cada semana. Así que, cuando se iban los obreros, aparecíamos nosotros a tomar posesión. Bueno, nosotros y algún otro grupo con la misma idea. No faltaban piedras para entablar batallas y muchos pensábamos que más allá de defender nuestra posición en el muro, estábamos emulando a nuestros padres que combatían en la frontera desde hacía ya dos años. El honor de las familias quedaba a

salvo a cambio de alguna magulladura, que por supuesto escondíamos a nuestras madres y los pequeños guerreros volvían orgullosos al campamento.

Veníamos ese día a todo correr por la pista que iba a la presa aprovechando las últimas luces del día. Y allí en medio apareció, como de la nada, el trozo de pan. Nos paramos un instante, «se les ha caído a los obreros», «qué rico estaría mojado en leche de cabra», «aún no debe de estar duro», «qué contenta se pondrá mi madre»...

Muchos pensamientos nos asaltaron y los más vivos se lanzaron a cogerlo los primeros. Después... la explosión.

Han pasado muchos años desde entonces, recuerdo despertar en un hospital con muchos médicos y enfermeras. Cuando salí de allí ya habían llegado los profesores al campamento y teníamos una escuela. Sobre nuestra presa, ya no pudimos volver más a ella, vinieron muchos soldados con cascos de color azul y limpiaron el terreno de minas y proyectiles. Pusieron vigilantes para que nadie se acercase y poco después la terminaron. A partir de ahí empezamos a tener agua y luz en el campamento.

En la escuela los profesores me enseñaron a aprender y con el tiempo abandoné el campamento para vivir en otro país con mi madre y estudiar en una universidad.

Ahora soy ingeniero y empleo la tecnología aprendida para construir presas y llevar luz y agua a la gente. A mi gente.

Miraflores